
Reemplazables para el sistema, irremplazables para la sociedad

Mariana Pérez Jiménez

Licenciada en Educación Preescolar. Docente en el Jardín de Niños “Salvador Novo” de Tepatitlán de Morelos, Jalisco. adyle25@gmail.com

“La muerte no existe, la gente sólo muere cuando la olvidan;
si puedes recordarme, siempre estaré contigo”.
Isabel Allende

Gabriela Hernández Martín vio la luz por primera vez el 6 de agosto de 1977, hija de un agricultor-ganadero y de una docente de primaria que trabajó frente a grupo por 4 décadas. Compartió sus años con 4 hermanas y un hermano, radicando parte de su vida en Santa María del Valle y Arandas en el estado de Jalisco.

Educadora por vocación y convicción, cursó la Escuela Normal para Educadores de Arandas (ENEA), luego siguió con su formación cursando un posgrado; asimismo, obtuvo una acreditación en el dominio del idioma inglés. Se desempeñó laborando en colegios del municipio donde radicaba. Toda esta experiencia y preparación permanente la ayudó a regresar a su alma mater, la ENEA, como formadora de formadores.

Yo la conocí en el año 2008 cuando, por fortuna, fui su alumna. Desde el primer día se notaba su vocación, su ética profesional, sus valores como persona y ciudadana, su pasión por todo lo que hacía, sus ganas de seguir aprendiendo, pero, sobre todo, su compromiso con la educación de futuros docentes, mismos que son de gran impacto para la niñez mexicana. Era reconocida por su excelente manejo de los planes y programas del nivel y, sobre todo, de las asignaturas que impartía. Se caracterizaba por ser tan organizada y exigir a sus alumnas y alumnos la misma organización y dedicación en el desempeño, tanto en el aula como en los planteles de práctica.

Por aquel tiempo de mi ingreso a la ENEA, se empezaron a implementar las tutorías, entonces pude acercarme más a ella, tener mo-

mentos de mayor interacción dentro y fuera de la institución. Siempre mostró un gran interés por el bienestar mental, emocional, físico y académico de sus tutoradas, con una actitud de escucha permanente, en todo momento dispuesta a aconsejar o trabajar en alguna área de oportunidad. Una mujer tan empática, preocupada y comprometida con el desarrollo integral de sus estudiantes. Tenía las puertas de su casa y de su corazón siempre abiertas para quienes buscábamos un refugio o un ratito de paz. Era tan profesional que podía ser la maestra más exigente y, a la vez, una amiga siempre disponible y confiable.

Fue una docente presente, siempre con la camiseta puesta para representar a la institución, para acompañar a las y los estudiantes a cualquier evento en horarios dentro o fuera de clases. Con disposición absoluta con sus autoridades, sus compañeros y sus estudiantes. Era tan entregada que dio de sí hasta donde su cuerpo se lo permitió.

Ella abandonó este plano terrenal el 13 de abril de 2015, luego de sufrir un tiempo con complicaciones de salud física. Dejó muchos huecos en los espacios físicos: su casa, las aulas y patios de su escuela Normal y del Jardín de Niños donde era maestra frente a grupo. Dejó vacíos en el corazón y en la mente de su familia, de sus colegas, compañeras y compañeros de trabajo. Desde luego, se sintió su ausencia en la mente y los corazones de los estudiantes grandes y chiquitos que compartían las aulas con ella.

En ese año yo gané mi plaza como docente de preescolar; al revisar el listado de plazas disponibles para elegir, me di cuenta de que su lugar estaba en la lista de vacantes. Recuerdo que en ese momento sentí de nuevo mucha tristeza por su ausencia en mi vida, pero el sentimiento se incrementó porque aún no entraba al sistema y ya estaba tomando conciencia de lo reemplazables que somos para una Secretaría, sólo un número en su archivo de datos.

En este campo laboral cada vez más orientado a la eficacia, los resultados y la carga administrativa, se pierde un poco el valor del ser humano, el reconocimiento individualizado, la participación y el bienestar de los trabajadores. Tomándonos más como objeto que como personas. Fue muy duro para mí vivir esta experiencia a partir de la ausencia de mi maestra y amiga Gaby.

En esos momentos pensaba que mi sueño laboral implicaba pertenecer a esa lista de claves presupuestales que solo podía significar que yo también era reemplazable; reemplazable en lo que para mí no es solo un trabajo, sino una carrera de vida, una pasión y una vocación por querer mejorar las condiciones de vida y educativas de los niños de mi país. La docencia nos demanda muchas cosas, incluido el descuido de nuestras familias e incluso de nuestra salud física, emocional y mental. Nos entregamos con tanta pasión que se nos olvida lo vulnerables que podemos ser nosotros o las personas que nos rodean y que son importantes. Me llena de tristeza pensar que los docentes muchas veces somos tratados más como engranajes de una máquina que como personas con vocación, experiencia y una enorme carga emocional y social.

Ahora, con 10 años de servicio y mucha reflexión sobre y en la práctica, me pongo a pensar en Gaby. Sé que sus últimos meses en este mundo no fueron gratos, que luchó por su bienestar y, aunque su cuerpo ya no quería seguir, su alma sí y su espíritu tan entregado le hubiera gustado seguir dando lo mejor de ella porque eso la hacía feliz. Estoy segura de que si volviera a nacer y tuviera la oportunidad de elegir de nuevo, volvería a escoger la docencia y se entregaría con la misma pasión con la que vivió durante todos los años de desarrollo laboral como educadora y como formadora de formadores.

Deseo de corazón que se haya dado cuenta de lo importante que fue para todas y todos los docentes que fuimos sus alumnos y alumnas en algún momento, que se fuera con la certeza de que se queda habitando en un cachito de corazón de todos sus peques de preescolar y de toda la sociedad en general que la conoció y tuvo la fortuna de tenerla en sus vidas, aunque fuera por un corto tiempo.

Es así que puedo comprender que cada paso dado en este camino llamado docencia deja una huella gigante e imborrable en los corazones de niños, niñas y de la sociedad donde hemos aportado granitos de arena con nuestras enseñanzas, nuestro cariño y nuestra vocación. El espíritu del docente siempre estará caracterizado por dar, por entregarse, por sus ganas de lograr algo que cambie este mundo, por empoderar, abrir mentes, romper ciclos, fomentar el pensamiento

crítico y transformar realidades. Eso es lo que nos motiva y eso es lo que nos hace estar en el piso del servicio todos los días por muchos años.

Jamás debemos olvidar que tenemos la dicha de que nuestro trabajo sea de los pocos privilegiados en dejar una marca en la sociedad, un grito que hace eco por la eternidad mientras haya un alumno que nos recuerde.